

Selección RNR

ÁNGELA DREI

# El calor de tus besos



Romance Actual



# EL CALOR DE TUS BESOS

*Ángela Drei*



1.ª edición: diciembre, 2016

© 2016 by Ángela Drei

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España) ISBN  
DIGITAL: 978-84-9069-589-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente

prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A las amigas que me pidieron contar la historia de Mario y sus viajes*

*«¿Beso? Un truco encantado para dejar de hablar cuando las palabras se tornan superfluas».*

Ingrid Bergman

## Contenido

Portadilla

Créditos

## Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Promoción

Capítulo 1

—¿Cuándo te marchas a casa?

—¿A casa? —Mario siguió repasando la barra con un trapo limpiando los últimos rastros de humedad.

—Por Navidad, ya sabes —añadió Ana mirándolo de reojo. Ese era su negocio, le iba bien y no necesitaba abrir el día de Nochebuena ni de Navidad ni ninguna otra fiesta.

Llevaba siglos oyendo hablar a su padre sobre las quejas de sus empleados y una de las razones de tener su propio negocio era demostrar que sus ideas podían funcionar, quería poner en práctica todo eso que había estudiado sobre las relaciones laborales modernas en las que los jefes confiaban en los empleados y estos terminaban siendo corazón y músculo de la empresa, esas ideas de las que su padre hablaba con sorna maldiciendo los nuevos tiempos y recordando que él había trabajado siempre doce horas al día como mínimo y no se había quejado ni una sola vez. Esa había sido la causa de que ni ella ni sus hermanos supieran muy bien quién era aquel señor a quien llamaban «papá» y que veían los domingos alrededor de una paella o un cocido según la estación del año y luego desaparecía para dormir la siesta, pero no era cuestión de echarle en cara a su progenitor que se había matado a trabajar para poder darles lo que él consideraba la mejor vida.

Mario, que había escuchado perfectamente su pregunta, siguió ignorándola con la esperanza de que no insistiera demasiado. Sí, todo el mundo volvía a casa por Navidad como en los anuncios. Bendita hipocresía de finales de diciembre.

—No voy a ir. Hemos echado a suerte el turno y me ha tocado trabajar —explicó escueto y sin dejar opción en su tono de voz a ninguna pregunta.

—Querrás decir que has perdido —ironizó su jefa sin querer dar por zanjado el tema.

Llevaba observando a Mario desde que había comenzado a trabajar para ella hacía ya cinco meses. Era un joven serio, callado, buen trabajador, disciplinado y cuidadoso.

Además tenía siempre una sonrisa amable para cualquier cliente. Era un buen camarero, en definitiva. También estaba esa forma de mirar que hacía que hablar con él fuera toda una experiencia. Cuando Mario te hablaba no sabías si mirar sus ojos o perderte en esa boca que se movía acariciando las palabras y te hacía pensar en cómo serían sus besos. De acuerdo, tal vez esa idea era un poco exagerada, Ana no era dada a los romanticismos ni a la poesía, pero es que Mario era una mezcla de azúcar y pimienta, o mejor dicho, guindillas, de esas que te hacen arder la garganta y consiguen que después todo tenga un increíble sabor. Así debían de ser sus labios, estaba segura.

Le habían dicho que él no era de la ciudad, razón por la cual no entendía muy bien que no hubiera solicitado el turno de las celebraciones navideñas para poder ir a pasar esos días junto a su familia. Tal vez tuviera también una novia esperando, eso explicaría que durante todos esos meses las clientas que intentaban acercarse a él con un montón de tretas hubieran fallado en conseguir un simple café gratis. Tampoco habían tenido éxito los hombres que pensaban que tal vez sus gustos eran del otro bando, por así decirlo.

—Perder, ganar, según se mire —contestó, y dejó la reluciente barra para empezar a colocar las mesas. Le gustaba ser el último en cerrar el local.

Había una satisfacción extra en conseguir que todo aquello volviera a estar en su lugar, las mesas alineadas formando un rombo para permitir el paso de los camareros, las sillas colocadas pero entreabiertas invitando a sentarse, una vela protegida en su cuna de cristal y rodeada de un puñado de ramas secas, verdes o moradas, según la mesa, en contraste con las servilletas de un suave color amarillo, apiladas justo al lado configurando una torre en forma de abanico coronada con una piedra suave y redonda como un canto de río.

Ana lo miró. Parecía muy concentrado. Tal vez no quería hablar del tema, pero ella tenía curiosidad, pero no una curiosidad morbosa en saber sobre su vida, cotillear en esos detalles amarillistas que otras personas solían encontrar interesantes. Tenía curiosidad por saber qué hacía un hombre como él allí, porque desde luego no era su lugar. Demasiado guapo, demasiado inteligente y demasiado trabajador.

¿Por qué había terminado Mario en su cafetería?

No era asunto suyo, quizá iba a ganarse una mala contestación y no podría quejarse porque la culpa era de ella por insistir.

—¿No vas a ir a casa por Navidad? No creo que haya mucho trabajo esos días. He pensado en cerrar el veinticuatro, no solo el veinticinco.

—Seguro que hay gente que viene a tomar una cerveza con los compañeros de trabajo antes de irse a la cena familiar.

—¿Sí? No creo que esos sean nuestros clientes. —Caminó hasta la mesa que él estaba colocando y comenzó a ayudarlo a poner las sillas. No quería que él se quedara sin ir a casa por Navidad por culpa del trabajo, no señor, si hacía falta le adelantaría el dinero para que comprara un billete de avión o lo que fuera necesario.

Mario dejó la silla, recolocó la que ella había alineado y entonces se detuvo frente a Ana y la miró fijamente.

—¿Qué quieres?

Ana tardó unos segundos en contestar. Había esperado que se enfadara, que se fuera sin responder, que le lanzara incluso algún exabrupto por intentar meterse en su vida privada. Pero allí estaba él, con aquella pregunta cortante y los ojos

entrecerrados en una expresión nada amigable. Y lo peor, parecía incluso más sexi enfadado.

—¿Qué quiero? —le devolvió la pregunta, más que nada por ganar tiempo para poder seguir mirando su rostro, con el cabello algo largo recogido en una minúscula coleta en la nuca, los bucles rubios peleando con los castaños que habían escapado y que él se colocaba una y otra vez tras su oreja, la nariz recta y afilada, orgullosa, los pómulos definidos, y esos ojos negros enmarcados por las pestañas claras que parecían flotar cuando él parpadeaba. Era un sorprendente contraste: dureza y suavidad, firmeza y dulzura, y todo ello adornado con una preciosa boca que ahora tenía una expresión muy seria.

—Si quieres preguntarme algo, hazlo. Estoy cansado y quiero irme a casa.

No había elevado la voz, pero Ana sintió su enfado, latente y controlado, escondido en su tono frío y cortante.

—Quiero saber por qué no vas a tu casa por Navidad —se dijo que era mejor ser clara y directa, como él. No quería insultarle con un flirteo tonto o cualquier otra cosa.

—Eso es asunto mío, Ana.

Mario se dio la vuelta y no dijo ni una palabra más. En los altavoces comenzó a sonar una canción de Frank Sinatra que hizo sonreír a Ana mientras pensaba que la música que había elegido el día anterior para ambientar la Navidad en su negocio era muy apropiada en aquel momento.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó sin conseguir que él dijera ni una palabra ni la mirara. Al parecer estaba muy ocupado en terminar con la maldita reordenación de las mesas y las sillas.

Esperó paciente y vio como él regresaba a la barra. No quedaba nada por hacer, los cierres ya estaban bajados y solo tenían que encender la alarma y salir.

Mario se detuvo un momento más para dejar listos los sobres de azúcar moreno para el día siguiente, separándolos de los edulcorantes y del azúcar blanco. Odiaba que los mezclaran. Aunque mantenía a raya esos rasgos neuróticos de su carácter, a veces alguno salía a la luz, como su necesidad de orden, sobre todo si se trataba de colores y texturas diferentes. Cuando estudiaba había observado que eran rasgos comunes a muchos de sus compañeros, así que seguramente no era malo. Igual que se suponía que un periodista debía ser curioso por naturaleza, él estudiaba la composición y distribución en el espacio de los objetos y sus formas.

Desde la puerta que comunicaba con el almacén, Ana le había seguido con la mirada en espera de que él volviera a prestarle atención.

—Si no quieres preguntarme nada más, creo que lo mejor es que nos vayamos.

La voz todavía serena de él le hizo sentir un escalofrío. Por un momento pensó que tal vez era un tipo peligroso, quizá dentro de esa fachada de niño bueno había un pasado oscuro, cruel.

—¿Ana? —se había acercado a ella, sorprendido de no obtener otra respuesta de su dicharachera jefa.

Había pocas cosas que hacían que ella se callara, esta era la primera vez que podía recordar desde que había llegado a ese trabajo que Ana no tenía una réplica rápida, una mordaz contestación, una descarada respuesta, todo ello con una sonrisa ladeada y una mirada directa, luminosa, que no escondía nada y esperaba que los demás tampoco lo hicieran.

No era que él ocultara ningún secreto, pero no le gustaba que curiosearan en su vida.

Nunca le había gustado. Vive y deja vivir, ese era su lema, no le gustaba dar explicaciones ni tampoco pedir las. Cuanto menos sabías de las personas, menos problemas tenías.

—Tranquilo, ya te dejo en paz. —No lo dijo con acritud, tampoco con intención de hacerle sentir mal, pero él frunció el ceño al sentir el escozor de esa frase.

—Ana —repitió y dio otro paso que lo acercó más a ella. ¿Por qué le molestaba que ella no tuviera más interés en él? No era su amiga, solo era su jefa. Nada más.

—De verdad, Mario, lo siento. El día veinticuatro vendré a echar un vistazo por la mañana, pero luego no pienso volver, yo sí tengo una cena familiar —lo dijo demasiado rápido, sin pensar en el doble sentido de sus palabras, y cuando se dio cuenta era demasiado tarde. Mario la miraba con esos ojos negros suyos empequeñecidos, que brillaban enfadados como dos llameantes luces—. Creo que es mejor que no diga nada más.

—Sí, es mejor —replicó, y las palabras salieron entre sus labios rígidos.

Cogió su chaqueta del almacén y pasó a su lado sin dirigirle ni una mirada más. De golpe el aire entre ellos se había vuelto áspero y quería marcharse de allí lo más rápido posible.

Se subió el cuello de la chaqueta de cuero para protegerse del frío de la noche y con el casco en una mano y los guantes en otra, se dispuso a salir de una vez y olvidar aquella incómoda situación.

—Mario.